



Aquí = allá Reenamorándome de mi profesión en China

Por María Paz Gortaire
(pazi_gc@hotmail.com)

Al recorrer el camino de preparación para convertirnos en docentes vamos poco a poco creando la expectativa de cómo será ese primer año, la decoración de nuestra clase, la creación de reglas y rutinas, etc. Imaginamos a nuestros estudiantes y trazamos un plan para crear un espacio en el que ellos sean felices y lleguen a sentirse seguros, con el fin de tener un desarrollo integral. También creamos estrategias para entablar una relación positiva con los padres de familia de esos pequeños, quienes sin duda alguna vendrán a robarse nuestro corazón.

Como nos pasa a todos, mis expectativas y nervios eran gigantes; estaba llena de ideas y creía saber exactamente cómo se iba a dar ese “gran momento”. Lo que no supe mientras me preparaba es que ese primer año llegaría en otro país y

con niños de familias de una cultura completamente diferente a la mía. Mi primer gran año se dio en Golden Kids, un colegio internacional bilingüe en Beijing, China.

Después de graduarme en la USFO decidí darle un giro a mi carrera. Se presentó entonces la oportunidad de pasar a formar parte del grupo de profesores internacionales de Golden Kids, un colegio de élite con una propuesta educativa innovadora que busca fusionar de alguna manera la cultura occidental con la suya, con el ánimo de preparar individuos capaces de integrarse en cualquier parte del mundo. La idea de trabajar con gente así me motivó bastante.

Mi aventura entonces empezó en agosto de 2014: entre nervios y mucha ilusión llegué a mi nuevo hogar,


en donde encontré a más de una persona que hizo hasta lo imposible por hacerme sentir bienvenida y querida.

Para mi sorpresa, muchos de mis planes para ese gran primer año se fueron modificando poco a poco. Si bien mis ideas serían válidas y aplicables en nuestra sociedad, tuve que ir adaptándolas al país en el que me encontraba. Con gran suerte conté con un valiosísimo grupo de trabajo: Molly, Nicky y Cynthia, tres maravillosas profesoras locales.

Cada una de nosotras, en un gran ejercicio de paciencia y siempre abiertas a aprender la una de la otra, fuimos diseñando métodos de enseñanza, disciplina y rutinas que se adaptaran a mi filosofía educativa, a la de la cultura como tal, así como a las expectativas de los padres de



 Mi primer gran año se dio en Golden Kids, un colegio internacional bilingüe en Beijing, China.

 Con gran suerte conté con un valiosísimo grupo de trabajo: Molly, Nicky y Cynthia, tres maravillosas profesoras locales.

familia, quienes procuran darles a sus hijos las mejores oportunidades desde muy chicos y puedan así sobresalir en un sociedad tan competitiva como la china.

Para lograr esto fue clave enfrentarme a otro gran reto: el manejo de los padres de familia. Todo profesor conoce que es importante trabajar en conjunto con ellos para lograr el desarrollo integral de los estudiantes; yo sabía que era vital ganarme su respeto y apoyo. Sin embargo, por las diferencias culturales, esto no fue nada fácil. Estaba limitada por la barrera del idioma, y esto hacía que mi comunicación con ellos fuera siempre a través de terceros, corriendo el riesgo de que la esencia de mis mensajes se perdiera en la traducción.

No obstante, estuve dispuesta a demostrarles que sus hijos me importaban, y que lo que más quería era que cada uno de ellos se sintiera feliz al ser parte de nuestra clase: un método y concepción del aula algo inusual para la cultura china. Poco a poco pude demostrarles que

formando a niñas y niños felices íbamos a lograr no solo que sus pequeños adquirieran y desarrollaran el inglés como una segunda lengua, sino que lograran ser individuos capaces de enfrentarse a la vida con seguridad y confianza en sí mismos.

El momento más esperado había llegado: conocer a mi IK1B, un grupo de 18 niñas y niños de tres años y medio con los que compartiría mis días durante el siguiente año. Recuerdo claramente que estaba nerviosa y ellos también.

Una vez más me veía limitada por la barrera del idioma y la cultura, provocando que nuestro tiempo de adaptación se convirtiera en un reto más. Si bien yo lograba entender su frustración al separarse de sus familiares por primera vez, mis palabras de consuelo no significaban nada para ellos.

Me propuse entonces hacerles sentir cuánto me importaban, creando junto con la ayuda de la profesora nacional diferentes momentos en los que ellos compartían con toda

la clase sus sentimientos y emociones. La teoría nos dice que la clave del éxito para lograr que nuestros estudiantes logren desarrollarse al máximo es conocer el grupo. Hice conciencia de la importancia en la conexión con cada uno de mis estudiantes, conocerlos, hacerles sentir lo importantes que eran para mí, y así crear un ambiente positivo en el que ellos se sintieran seguros conmigo y estuvieran listos y dispuestos a aprender.

Una de mis principales tareas en clase era que mis estudiantes aprendieran inglés, ya que es una presión constante con la que se enfrenta el colegio por parte de los padres de familia. Por primera vez tuve la oportunidad de experimentar el método “full immersion” al máximo, y observar el proceso de adquisición de una segunda lengua en mis estudiantes.

Durante el día solo estaban expuestos a su propio idioma durante la lección de chino (treinta minutos); el resto de lecciones, actividades y comunicación se realizaba en in-



Teniendo en cuenta que cada individuo tiene su propio proceso de aprendizaje, pudimos empezar a ver avances en cada uno de mis pequeños a diferentes momentos del año.

glés, salvo en algunas excepciones. Fue un proceso largo, pero fructífero. Más de una vez pude ver la frustración que les producía a mis niños el no entenderme y no poder expresarse en inglés. Sin embargo, fueron venciendo sus temores y se esforzaban a diario. Fue realmente fascinante ver cómo poco a poco su cerebro iba moldeándose de tal manera, que muy pronto empezaban a dar sentido a cada una de mis palabras; su entendimiento crecía cada vez más.

Teniendo en cuenta que cada individuo tiene su propio proceso de aprendizaje, pudimos empezar a ver avances en cada uno de mis pequeños a diferentes momentos del año.

Finalmente, empezaron a formar pequeñas frases para expresar sus necesidades, hasta convertirlas en diálogos, a través de los cuales eran capaces de decirme lo que sentían, y hasta relatar momentos especiales de sus días en familia.

Definitivamente fue un año memorable, de gran crecimiento y aprendizaje. El encontrarme en China con esa inocencia, ternura, pureza y curiosidad tan propia de los niños fue mi mayor motivación para vencerme a diario y dar lo mejor de mí por ellos. Este año trabajando con mi K1B logré principalmente que volviera a enamorarme de mi carrera.

Cada uno de mis pequeños en China me hizo recordar y concientizar la razón por la cual escogí unirme a este grupo de locos que quiere cambiar el mundo: porque creemos en la pureza y en el valor de cada uno de los individuos que llegan a nuestras aulas sin importar su cultura o edad.

He llegado a apreciar más el trabajo que realizamos como profesores día a día, al ser guías de cada uno de nuestros estudiantes e ir dándoles la oportunidad de adquirir herramientas para ser parte de este mundo y aportar positivamente con su forma de ser única.

Por último y no por eso menos importante, logré crear conciencia sobre la importancia de mi adaptación al medio en el que estaba enseñando, siendo clave para esto el trabajo en equipo. Mantener una mente abierta y entender que no siempre mi método era el único válido fue de gran ayuda para poder alcanzar nuestro objetivo común: el bienestar de nuestros estudiantes.

Mi experiencia en China se suma a las muchas bendiciones de mi vida; me permitió vivir el hecho de que no importa ni el lugar ni el idioma cuando la ternura y la sabiduría propias de la infancia están de por medio.

El amor que se nos permite compartir cuando tenemos la oportunidad de enseñar a los niños solo deja clara la esencia buena y generosa del ser humano, que no distingue razas ni religiones.